

por **GONZALO TORNE**

Diario de un peón le presenta, ya desde el título, dos dificultades considerables al reseñista. La primera prescindir de palabras como «espíritu», «trascendencia» o «humanismo», una corte de lugares comunes (algo risibles) que suelen informar menos del libro que de las ansias del crítico por desclasarse (espero que mis compañeros no hayan recurrido mucho a ellas en este número) en el neutro, sosegado e higiénico firmamento de las letras. La segunda dejarse caer y resbalar por un tobogán de buenas palabras sobre la humildad, la modestia y las virtudes del trabajo manual y el arte proletario. ¿No se escribe sola en sus cabezas la pieza sobre el valor de seguir el paso de la palabra entre los esfuerzos físicos?

Por fortuna Thierry Metz (París, 1956-Burdeos, 1997) enseña a seguir el hilo del diario para adentrarnos en un espacio más complejo que la dicotomía algo artificial entre lo «espiritual» y lo «manual». Bastante más complejo.

Aunque el diario da cuenta, día a día, de la obra de construcción en la que participó Metz como peón (la reconversión de una vieja manufactura de zapatos en los cimientos de un edificio de viviendas de lujo), dedicado básicamente a labores de carga (y también a destruir y perforar, y luego transportar el material y los cascotes), lo cierto es que Metz es una clase de trabajador manual (antes se había ganado el sustento en fábricas y mataderos) particular. Lejos del perímetro de la obra se trata de un poeta con bastante obra publicada, que encara estas horas de trabajo como una exigencia para mantener a su fami-

lia. Para mitigar la experiencia trata de ver las jornadas de trabajo como un puente que le permitirá alcanzar horas más alegres y sustanciosas, dedicadas a la escritura y a los cálidos ocios de la vida familiar.

Hablar ahora de «sensibilidad de poeta» después de la broma del primer párrafo a costa de la «trascendencia» y el «humanismo» sería como colgarme con mi propia cuerda. Así que lo evitaré. Pero es cierto que *Diario de un peón* tiene remanentes de poeta. Las jornadas de trabajo, por ejemplo, se cuentan en series de entradas cortas y muy

Conmovedor en su sencillez este diario del singular **Thierry Metz** narra sus jornadas como obrero con una luminosa comprensión poética de cuanto le rodea

La doble trampa de la literatura del espíritu y de la cultura proletaria

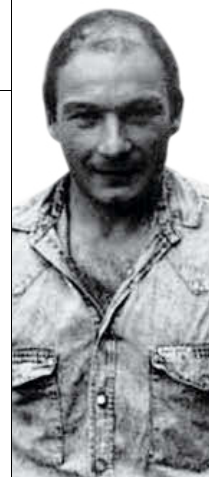
concentradas, una prosa que recuerda por su laconismo y sus inesperadas precisiones al Gamoneda menos críptico.

Por otro lado, Metz se fija en los elementos naturales, en las herramientas de trabajo y en el aspecto de sus propios compañeros (que vienen y se van al dictado de sus necesidades de dinero y descanso) con un interés menos de cronista que buscando asociaciones, figuras y relámpagos metafóricos. Con un interés vivo por los efectos verbales y una comprensión inusual de cuanto le rodea.

Metz no se engaña sobre la naturaleza de su trabajo, pero descubre, mientras se acumulan los días de esfuerzo físico, algunas penalidades inesperadas. Le duele de manera viva el desprecio con el que arquitectos y capataces tratan a los peones (parecen esforzarse de manera deliberada en borrar cualquier saliente humano, hasta reducirlos a animales de carga o maquinaria). Y le desconcierta hasta la angustia lo poco que valen las palabras en este entorno, el escaso espacio que deja la jornada de trabajo para pronunciarlas o emplearlas con algo de sentido humano, no instrumental. El poeta encuentra que su material de trabajo íntimo supone en el submundo de la obra (que ha colonizado casi por completo su tiempo) una molestia, un lastre.

El libro se abre a varias expectativas y alegrías no por fugaces menos intensas. Están los sábados dorados de vida familiar. Los vislumbres de un futuro más desahogado donde retomar otra clase de escritura, más creativa, menos a contrapelo de las áridas imposiciones del trabajo. Una conversación con un amigo, un gallo grande y rojo, unas cervezas distendidas alrededor de una mesa, una partida de ajedrez que se prolonga como una tarde perezosa. Oasis de las jornadas de esfuerzo físico y de la imposición diaria de extraer unas dosis de literatura de las condiciones de trabajo.

¿Literatura? ¿Qué clase literatura? Pues una que avanza por caminos algo más complejos (y mucho más costosos) que el doble sueño engañoso de una vacua «trascendencia espiritual humanista» y la edificante y biempensante (valga el rí- **L** pio) literatura proletaria.



THIERRY METZ
DIARIO DE UN PEÓN

Trad. de Vanesa García Cazorla.
Periférica. 128 páginas. 15 €
Ebook: 8,99 €

UNA VIDA POÉTICA, TRÁGICA Y FUGAZ

Poeta autodidacta, Metz se ganó el pan trabajando de temporero en fábricas, mataderos y en la construcción. Escribió 14 poemarios, entre los que destacan 'Sur la table inventée', que le valió el Premio Voronca. El mismo día en que lo ganó, su hijo Vincent, de 8 años, murió atropellado por un coche, lo que llevó a Metz al alcoholismo y a ingresar varias veces en un psiquiátrico, donde escribió su último diario, 'L'Homme qui penche', meses antes de suicidarse a los 41 años